

hay una tan poética, tan risueña, tan piadosa, que la juzgo originada en la revelación hecha por Dios acerca de los ángeles custodios.

Los antiguos griegos y romanos poblaban toda la naturaleza de simpáticas divinidades. Cada árbol, cada fuente, cada monte tenía su ninfa protectora. Los ríos eran sagrados porque encerraban dioses tutelares, que también moraban en el hogar. Nosotros no á las plantas, ni á las rocas, ni á los manantiales atribuimos números protectores, sino que creemos y confesamos que á cada hombre acompaña desde la cuna hasta el sepulcro, un ángel encargado de su guarda. ¡Oh dicha inefable! ¡Oh dignación sin igual de Dios que lo ordena, y de las altas inteligencias que lo obedecen! Justo es, por tanto, que les manifestemos nuestra gratitud á todas horas, pero especialmente en las circunstancias solemnes de la vida; y no puedo menos que regocijarme, Señores Abogados, que honréis tan especialmente á vuestros ángeles tutelares. Ellos os acompañen y defiendan, os inspiren y os guarden, os allanen el camino de la vida, y os conduzcan á la eterna gloria.



## DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA SOLEMNE DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DE LA  
UNIVERSIDAD DE NUESTRA SEÑORA, DEL ESTADO DE INDIANA,  
EN LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA, EL 27  
DE JUNIO DE 1884.

---

TRADUCCIÓN LITERAL DEL ORIGINAL INGLÉS, EN QUE FUÉ  
PRONUNCIADO, POR DON JOSÉ MARÍA  
ROA BÁRCENA.





“**P**OCOS pasajes en la historia de la Iglesia son más á propósito para levantar el ánimo cristiano en admiración y gratitud al Dispensador de todo bien, que las venturas de la misma Iglesia en los Estados Unidos.” Permitidme, Reverendísimos Obispos y Reverendos Padres, Señoras y Caballeros, empezar mi discurso con estas notables palabras que, pronunciadas por el cardenal Newman, muchos años hace, han sido de entonces acá repetidas por millares de admiradores de las grandes obras que la Iglesia Católica ha consumado y emprende cada día en Norte-América. Causa es, en efecto, de admiración para el mundo todo ver el rápido incremento de la población católica; contemplar la jerarquía eclesiástica más numerosa y activa cada año; el clero lle-



nando siempre sus filas, y, sin embargo, apenas suficiente para las necesidades de los fieles; las órdenes religiosas siempre florecientes; los colegios y conventos sin perder jamás su crédito ni aun entre nuestros hermanos disidentes, y extendiéndose y multiplicándose, si así puedo decirlo, como espeso é inmenso bosque desde la bahía de Hudson hasta el Bravo. No hay que extrañar que, cuando veis á vuestros obispos reunidos en concilios plenarios y provinciales, recorriendo en brillantes procesiones las calles de las más populosas y elegantes ciudades, visitando sus diócesis, erigiendo nuevos santuarios, recibiendo en el seno de la Iglesia á muchos hijos pródigos, rodeados continuamente de sus amorosas ovejas, y honrados con el respeto de los extraños, tornéis atrás la vista con santo orgullo á la época en que sólo dos obispos, unos cuantos misioneros dispersos y un puñado de católicos perdidos en la inmensa mayoría de protestantes, infieles y gentiles, era lo que la Iglesia de Cristo podía reconocer como suyo en esta vasta porción del Nuevo Mundo. No hay que extrañar que, mirando el blanco mármol de la majestuosa catedral recientemente erigida en Nueva York, recordéis al extranjero que hace cien años, tal vez solo cincuenta, pocos eran los templos católicos dignos de la grandeza y prosperidad de vuestro país; sin que ninguno pudiera figurar al lado de las Basílicas del Mundo Antiguo ó de las Repúblicas hermanas en el hemisferio occidental. No hay que extrañar que, contando vuestros casi innumerables colegios y academias, conventos y monasterios, escuelas y asilos de todo género, deis gracias al Omnipotente por su protección, y también os complazcáis en vuestra obra y celebréis

vuestra actividad y lo fructífero de vuestros esfuerzos. No hay que extrañar, por último, que en cada distribución de premios de esta floreciente Universidad tracéis de nuevo en vuestra mente su historia providencial, sus comienzos, su desarrollo, sus progresos, su destrucción, su renacimiento del seno de humeantes cenizas como el fénix de la fábula, más vigorosa, próspera y grande que en su primera época.

Al hacer tales comparaciones y meditar en tales hechos, surge una cuestión en la mente del estudioso observador. ¿Tan rápido y admirable desarrollo de la Iglesia Católica en este país, es un hecho aislado, sin ejemplo en su historia? ¿La actividad desplegada por los católicos en los Estados Unidos se debe á su carácter peculiar, á las favorables circunstancias en que los inventos modernos y las instituciones libres los han colocado; á las vigorosas razas de que proceden; ó más bien debe atribuirse al espíritu del Catolicismo, que les da vida y energía, y que produciría iguales efectos en cualquiera otro país, bajo cualquiera otro Gobierno que no fuera hostil á la Religión? ¿Hay algún otro período histórico desde el tiempo de los Apóstoles hasta el siglo del vapor y la electricidad, de los ferrocarriles y telégrafos, durante el cual se haya visto á la Iglesia, no sólo bautizando á millares de seres humanos en un día, como lo hicieron San Pedro ó San Francisco Javier, sino sedienta del saber sagrado y profano, impartándole generosamente á sus hijos, y abriendo en el espacio de medio siglo universidades y colegios y escuelas que exclusivamente de ella dependían?

¡Asunto magnífico, no ya para un discurso, sino para



un libro y aun para muchos volúmenes! ¡Qué gloria no resultaría de tal estudio al Catolicismo! ¡Qué provechosa no sería tal obra á los intereses de la Religión en esta gran República; y á cuántos de sus más ilustrados ciudadanos no atraería su lectura á aumentar el número de los hijos de la Iglesia Católica!

No me hallo á la altura de tal labor, y mucho menos podría acometerla en el limitado espacio de un breve discurso. Con todo, llamaré vuestra atención hacia una época y un país en apariencia los menos á propósito para la difusión del saber y el progreso del Cristianismo; y en que la Iglesia se mostró todavía más activa y enérgica y emprendedora que *aquí y al presente*, no obstante las dificultades con que tuvo que luchar y que nos habrían parecido insuperables á nosotros los hijos del siglo XIX, acostumbrados á la navegación por vapor, á las comunicaciones postales y telegráficas y á las comodidades de toda especie. Al escoger para mi discurso tal materia, cumplo con las leyes de la hospitalidad, y trato á un mismo tiempo de halagar vuestro gusto y satisfacer vuestra curiosidad. Verdaderamente, no sólo os recordaré el día en que mi respetable amigo y huésped, el Padre General de la Congregación de la Santa Cruz abrió los cimientos de la Universidad de *Notre Dame* en las incultas llanuras de Indiana, sino que, remontándome mucho más lejos, he de traeros noticias del país en que nací; y al satisfacer vuestro deseo de oír cosas extrañas de los labios de un extraño, he de hablar de la primera Universidad fundada, no sólo en la América del Norte, sino en la extensión toda del Nuevo Mundo; de los primeros libros impresos del lado de acá del Océano; de los

primeros progresos hechos en la ciencia por los pobladores de este continente; de los primeros caminos abiertos que fueron por acaso destinados á establecer comunicación entre el lugar que había de llegar á ser el de mi nacimiento, y el sitio de este magnífico edificio. Podréis así comparar aquellos tiempos con los presentes; las labores de la Iglesia en México en el siglo XVI con sus empresas en los Estados Unidos trescientos años más tarde; veréis y proclamaréis que la Iglesia Católica es siempre la misma y hace de sus hijos héroes y apóstoles, sea que hayan nacido entre los hielos del Norte, como Beda de Inglaterra, ó bajo el sol del Ecuador como Agustín de África; y acabaréis por deducir, como lo espero, que si se adueña inmediatamente de todos los inventos modernos para difundir sus doctrinas y el saber, no depende de ellos; y, sea en rápidos vapores ó en lentos buques de vela, en voladores trenes ó por angostos y pedestres senderos, ora protegida de reyes y emperadores, ora abandonada á sus propios recursos, se mueve con igual actividad y cumple su misión de enseñar *á todas las naciones*.



## I

Vuestro gran historiador Prescott os ha hecho conocer las hazañas de los conquistadores de México. El nombre de Fernando Cortés os es tan familiar como el de Jorge Washington; y cualquiera persona instruida puede trazar la carrera del primero desde sus aventuras juveniles hasta la toma de la capital de Montezuma, casi con la exactitud misma con que puede seguir al segundo desde Bunker Hill hasta su sepulcro en Mount Vernon. El sobrehumano vigor de alma y cuerpo del héroe español es plenamente avalorado por el escritor norte-americano, quien describiendo sus talentos de general, su habilidad de comandante, su arrojo de soldado, sus cualidades de estadista, su espíritu religioso, su desinterés, su indómito valor, obliga al lector á compartir su propia admiración, no sólo respecto del guerrero mismo, sino también de cuantos le acompañaron en sus maravillosas empresas, y, en general, de aquella extraordinaria raza de hombres que "la Providencia hizo surgir en la época del descubrimiento del Nuevo Mundo para que salieran á luz re-

giones cercadas de peligros y dificultades capaces de desalentar é intimidar el ánimo de aventureros comunes." <sup>1</sup>

Sin embargo, esta misma familiaridad con la historia de la conquista suele dar, no sólo á los extraños, sino también á los nativos, errónea idea de los progresos de la Religión, de la ciencia y de la literatura durante los primeros años de la dominación española en México. Tras multitud de batallas, vemos al Conquistador tomar por asalto la un día floreciente capital de los aztecas; lo contemplamos aun despues de la victoria obligado á destruir una por una las casas convertidas en fortalezas por el desesperado patriotismo de los defensores, y á cegar con cadáveres los canales y lagos de aquella ciudad, rival entonces de Venecia. No descansa Cortés, sino que continúa su labor de conquista y descubrimientos, por mar y tierra, hacia el Sur y hacia el Norte, ora en persona, ora por medio de sus lugartenientes. Va él mismo á Honduras, guiándose únicamente de una brújula marina en aquellas regiones aún no exploradas, y vuelve y asciende hasta el golfo de California sin llevar siquiera un piloto. En tan atrevidas cuanto desgraciadas expediciones invierte cuando menos veinte años; y, entretanto, los gobernadores y magistrados enviados á la Nueva España parecen más empeñados en destruir la autoridad y el prestigio de Cortés y en amontonar riquezas propias, que deseosos de reedificar la ciudad ó de convertir el conquistado reino en colonia civilizada. Cierto es que el historiador habla de doce misioneros recibidos con grandes honores y que se consagraron arduosamente á la

<sup>1</sup> Hist. of Mex., lib. VII, cap. IV.



conversión de los naturales; pero también repite la añeja anécdota de la quema de valiosos manuscritos aztecas: y no obstante las alabanzas que otorga á los religiosos, deja en el lector la triste impresión de que ni ellos ni sus compañeros y sucesores eran instruidos ni emprendedores, sino pobres fanáticos que nada hicieron en favor de la instrucción, y poco para difundir la civilización en el Nuevo Mundo.

No pasaron así las cosas, sin embargo. En 1521 la ciudad de México era arrasada por los exasperados castellanos; y antes que terminara el siglo, no sólo había sido ya reedificada según la planta de las mejores ciudades europeas, sino que era una de las capitales más populosas, civilizadas y bellas que existían entonces en el mundo. No me incumbe hablar de sus grandezas materiales, sino indicaros su progreso intelectual y religioso. El Conquistador murió en 1546, y apenas cinco años después, en 1551, el emperador Carlos V decretaba la erección de la Universidad de México, abierta á los dos años. Aptos profesores de Salamanca, una de las cuatro sedes del saber más famosas á la sazón en el mundo civilizado, salieron de allí al punto con un cargamento completo de libros é instrumentos científicos, y un cuadro, no solo de maestros, sino también de estudiantes. El número de éstos, veinte años después de la fundación, era tal, que había sido necesario procurarse y agrandar nuevo edificio, y que los austeros magistrados de la colonia exigían que la Universidad se trasladara á otro sitio donde el enjambre de bulliciosos alumnos no pudiera perturbar sus deliberaciones.

No olvidéis, Señoras y Caballeros, que la Universidad

presuponía entonces, como en Europa todavía, cierto número de colegios preexistentes que dependen de la *Alma mater* y suministran cada cual un *corps d'armée* siempre dispuesto á romper lanzas con otro en justas literarias y científicas. En las antiguas Universidades europeas, como sabéis perfectamente, tales colegios pertenecían á diferentes naciones ó provincias. En una colonia acabada de fundar, como la Nueva España, había sido preciso buscar otros estímulos para la noble emulación indispensable en toda academia; pero me envanezco al deciros que esta fué la única diferencia esencial entre la recién nacida Universidad y sus hermanas mayores europeas.

Cuando hace algunos años, el célebre cardenal Newman, entonces simple clérigo del Oratorio, recibió la misión de fundar en Irlanda y en pleno siglo XIX una Universidad católica, publicó una série de discursos muy conocidos de cuantos hablan inglés, en que con brillante estilo, poderosos argumentos y copiosas pruebas históricas, demostró lo que debe ser en nuestro tiempo una Universidad. ¿Querriais creer, Señoras y Caballeros, que el tipo de ella que propuso es la imagen misma de lo que la Universidad mexicana fué hace trescientos años y siguió siendo hasta su extinción?

“El primer paso en la enseñanza intelectual, dice el sabio Cardenal, es imprimir en la mente del niño la idea de ciencia, método, orden, principio y sistema: de regla y excepción, de riqueza y armonía. Esto por lo común, se logra perfectamente haciéndole empezar por la gramática. La segunda ciencia son las matemáticas: á ellas debería seguir la gramática siempre con el mismo objeto, esto es, para hacerle concebir el desarrollo y el arreglo que